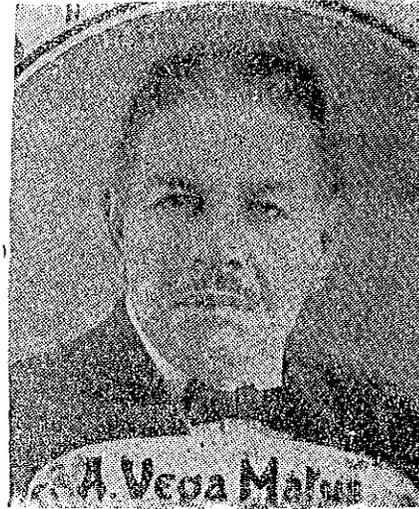


# Alejandro Vega Matus

RAUL PEREZ ORTEGA

En Alejandro Vega Matus no se sabe qué admirar más si su apostólica bondad o su exquisita sensibilidad de artista. La música fue bondad impalpable en la sencillez confortante de sus bellas melodías; y su vida, una música eterna acompasada en el cumplimiento del deber. El Hombre y el Artista no tuvieron mirajes diferentes: eran como dos fuerzas que convergían hacia un solo y grande corazón. Dijérase que, como todo ser superior, el teclado de su espíritu poseía una octava más que los otros organismos. Así me explico por qué su música, como su bondad que se manifestó en todos los campos y bajo todos los soles, fuese también a buscar motivos de inspiración, no solo al bosquejo de sus nativas armonías para expresar la emoción vernácula del ambiente, sino a la propia España de las tonadillas y de los fandangos, adonde ya había llegado también con la imaginación el autor de "Los Pescadores de Perlas". Vega Matus tuvo eso de común con Bizet: supo ofrecernos ese "color local" que subyuga y encanta, sin necesitar recorrer la campaña española, ni pernoctar en insignificantes posadas, ni estar en el Avapiés en la celebración de su verbena, en donde cada calle es una romería, cada solar un baile, cada balcón un enjambre de mujeres bonitas. No precisó el contacto del medio para extraer los caracteres específicos de la música peninsular, ya se tratara de jotas aragonesas o de villancicos navideños, a través de los cuales, los giros melódicos y los dibujos rítmicos ponen en el espíritu la nota de color y de vida. Le bastó la utilización de ritmos particulares, de algunas mezclas instrumentales para crear la ilusión del ambiente. Y es que él, maestro de la sonoridad, ve, juzga, de alto y alrededor. Su mirada lo penetra todo. Su sensibilidad todo lo capta. De haber tenido en sus venas un corpúsculo de sangre oriental, habría hecho músicas angustiosas de una tristeza infinita, que hablaran del prestigio fabuloso de las Bayaderas, o evocaran criaturas de un mundo fantástico envueltas en sus kimonos de seda. Nos serían asibles los techos de los templos, armónicos y magníficos, y crearíamos contemplar a los bonzos, sentados en series inmóviles en el santuario centellante de oro que habitan las divinidades, las quimeras y los símbolos. Por eso quizás se deleitaba con Verdi, ya que el maestro italiano tuvo su propia capacidad intuitiva, cuando en la escena de la consagración de Aída, a los arpeggios de las arpas, una voz primero, y luego el coro, eleva un himno que, según expresión de uno de sus biógrafos, es más oriental que si fuera oriental de verdad.

Vega Matus no pudo ser, no fue nunca un sectario. Su arte puro y delicado, huyó sistemáticamente de la guarda que siega las espigas de oro de la inspiración. Creyó en la música del porvenir con prescindencia de géneros y sistemas, pues no ignoró, que de llegar el momento en que ya no se hablase de escuela italiana o de



escuela alemana, acaso comenzara el verdadero florecimiento del arte. La inspiración ante todo: ni melodistas como Bellini ni armonistas como Meyerbeer, a menos que el sentimiento creador brotase espontáneo y dejase en los corazones la huella indeleble de su paso. La música es, según su sentir, sólo un medio de persuasión; y a los espíritus se llega o por la razón o por el sentimiento. Si algún día su música no hubiera logrado emocionar, habría sentido el dolor del fracaso, como quien sabe, que su arte era en él una de las formas de la elocuencia... Cuando Rossini compuso la "Pequeña Misa Solemne", se afirmó que el gran maestro, demostraba con esta obra, que había hecho, al fin, estudios prolongados y severos. Y Verdi repuso: "¿En estos últimos tiempos Rossini ha hecho progresos y estudiado? ¿Qué es lo que ha estudiado? En lo que me atañe, desearía que desaprendiera la música y escribiera otro "Barbero de Sevilla".

Si la música lleva el sello de la inspiración, seguramente tiembla en la garganta y estremece los dedos que corren sobre teclados ideales, ya pertenezca a cualquier época vistiendo el peplo griego, el jubón florentino, el justillo inglés o el blanco lino de los orientales. ; entonces es popular y el artista se consagra, porque nos habla, como lo ha hecho Vega Matus, en el universal lenguaje de las notas subyugantes.

Fue un peregrino en un mundo de ensueños. Su imaginación tenía la manía ambulatória de los genios y la inquietud alada de los predestinados. Llegó a todos los jardines a libar las mieles de músicas encantadas; a todos los romances a extraer la linfa de los ritmos más puros. Visitó el santuario de la amistad y brotaron sus vales. En "Cantos de la Mañana" recoge la algarabía del mundo que nace en un despertar de églica, mientras las campanas anuncian el comienzo del nuevo día con el místico hablar argentino de sus lenguas de bronce.. Es el mismo

AMANE CER dedicado al ilustre Azorín, que, como nadie, conoce el Poema de Argamasilla. . . En "Noche de Gala", otro vals, revive el magnífico "minuet oral" de Rubén Darío. Dijérase que Eulalia la divina, se perfila más adorable entre el desafiante vizconde y el abate madrigalista; porque en ese vals, los jarrones tienen el prestigio del búcaro azul de Lady Windermere, y las lunas venecianas su aristocracia más pura, y el champaña las notas más alegres de su abolengo. Brilla el salón como en casa de los Kekesfalva de Stefan Zweig. Montecristo ha traído sus fuentes de plata y sus copas del Japón. Brilla la porcelana y resplandecen las líneas de los dorados como en la célebre novela de Balzac. "Noche de Gala", es un derroche de luz y de color.

Pero este artista no sólo tiene en su paleta los colores detonantes y altivos. "La Agonía del Crepúsculo" conoce de las medias tintas y de los claro-oscuros definitivos. Para dar esa sensación de mística melancolía, superpuso los pigmentos musicales como un impresionista del lienzo y extrajo la melodía suprema de la desesperanza. Con notas simples, sin alardes armónicos, el artista toca las puertas de la sublimidad. Eso sí . . . no lleva las notas raudas ni bajo invariable uniformidad del tiempo; más bien son medrosas como que van a lo etéreo, como que asisten al encuentro de lo incognoscible. Los calderones repetidos aún en un mismo compás, son pequeños oasis que duran lo que un suspiro . . . La Naturaleza está desfalleciente. Los sonidos graves del último movimiento son el pregón de las sombras. Vega Matus había sin duda leído a Wund y a Ruskin sin perder la noción del mundo exterior, como la perdiera, en esa misma hora crepuscular, el poeta Villaespesa:

y en medio de este obscuro silencio, de esta calma,  
ya no sé si es la sombra la que invade mi alma,  
o si es que de mi alma va surgiendo la sombra.

El poeta muéstrase dubitativo entre dos mundos Vega Matus, no. A su mundo interior llegan las sombras del crepúsculo que solo capta como artista devolviéndolas ennoblecidas; mas de su espíritu, sólo luz emerge para dejar puntos luminosos en las paralelas del pentagrama. Aquí, como en toda su obra, demuestra que su música nunca fue cerebral. En góndola de ensueño, bogó por la corriente hasta la ribera misma de la emotividad. Jamás forzó la técnica en perjuicio de su lirismo, y hasta en sus páginas de mayor aliento lo posee la potencia y la ligereza, el dolor y el capricho. De franqueza espontánea, no tuvo, igual que Schubert, recelos secretos e interrogantes insaciables. Su mismo intermezzo intitulado "Misterio", aparte de su poder emotivo, tiene la transparencia del cristal y la limpidez de las más bellas gemas. Quien no lo haya escuchado, supondrá que se trata de una música arrancada de "Las Sepulcrales" de Maupassant o de "El Pozo y el Péndulo" de Edgardo Poe; mas, por el contrario, es melodía clara y progresiva, sin reticencias ni inquietudes ; es serena, plácida, confortante y alada. Su intención no llega a los umbrales del Nirvana a proponer la interrogación angustiosa de la muerte, sino que es un hermoso himno a la vida, lleno de fe, esperanza y amor.

El maestro jamás se hizo interrogaciones trascendentales. Lo misterioso, lo que está fuera del alcance de las filosofías, es un campo vedado para su alma de artista. Por eso humildemente sirvió a Dios, "elevándose por encima del soberbio filósofo", según la expresión de Kem-

pis. Fue el suyo, un catolicismo militante, más que una ritual adoración; una conducta al bien encaminada, más que un inquisidor espíritu al borde de los negros abismos. Ni la duda metódica llenó su vida de luchador. Aceptó como prueba de la omnipotencia, el testimonio escrito de las obras majestuosas. . . ¿Cómo iba a dudar de aquella muda elocuencia, cuando es confirmación del divino poder sus natales amaneceres, sus radiantes mediodías en los que Apolo envía la luminosidad de sus rayos, sus crepusculares agonías de la tarde y el libro abierto de las constelaciones de la noche? . . . ¿Cómo su alma de artista no iba a comprender que sobre el humano linaje está el Hacedor Supremo, ese máximo artífice de las aguas en abundancia y de las aguas mansas, que son preciosas líquidas perlas engastadas en el cuadro portentoso de la Naturaleza?

Claros los testimonios del cielo y de la tierra, ¿a qué escrutarse el misterio infinito? Dejó Vega Matus en sus viejos folios la cosmología de Aristóteles y la Teoría Mecánica de Demócrito; y es que la fe llena toda su vida, como que fue principio y fin y fermento de su producción musical.

¿Cuáles fueron en suma las rutas del genio en pos de la belleza; mejor dicho, cuáles no fueron sus rutas?

Porque los caminos todos, siempre estuvieron abiertos para la marcha ascensional de su espíritu, en los cuales dejó regueros de armónicos arabescos y de melodías encantadoras. Jamás deseó para sí la suerte de Tartarín, quien adorando la caza, sólo pudo matar en su vida el león domesticado del convento de Mahamed . . . Dominando la música, atrapó ingentes melodías como necesaria condición para su vida de luchador. Un solo camino, una sola pieza cobrada, eran capaces de conmover su recia personalidad de artista. Bebió por eso el agua universal en la acequia de todas sus emociones, y saboreó la fruta en sazón dentro de la cual alienta la melodía suprema de la Naturaleza.

Su alma todo lo asimila y dulcifica. De él, puede decirse lo que Lessing asegura del genio alemán: "que aprecia lo que es bueno en todas partes donde se halla, y que lo aprovecha en su beneficio". . .

La inspiración jamás lo abandona: estuvo con él, cuando llegó a los umbrales de la Biblia a interpretar más de un momento dramático, y descendió en Belén con el fulgor de la estrella, cuando el genio quiso poner junto al pesebre, no el incienso de los pastores, sino la mirra sonora en el pebetero de su acendrado amor.

Católico fervoroso, le apasionó la dulzura divina de la Virgen y la bondad sin mácula de Cristo; pero su catolicismo no era el de Lebedeff, quien habiendo perdido una pierna, todos los años le hacía decir una misa. Su fórmula arrancaba del fondo del alma igual que su música y bondad imponderables, como si en un mismo manantial de pureza, se abrevásen las virtudes y las afeadas ninfas de su inspiración. Música buena, porque es un regalo al espíritu; relevantes virtudes, porque son ejemplo de lo que pueden la caballerosidad y la hidalguía. . . Este hombre pertenece a una época. Pintó magistralmente en su música, almas y situaciones. No necesita por eso epitafios laudatorios ni frases conmemorativas forjadas en la austeridad de un gabinete, que ya el corazón de su pueblo de rodillas está sobre la tierra que cubre sus despojos . . .

Por eso la suprema melodía que él forjó con amor, flotará eternamente en el ambiente a pesar del tropel interminable de las horas.